

¿SOCIALISMO? NO, GRACIAS...

Víctor Saltero

Freeditorial 

¿SOCIALISMO? NO, GRACIAS...

En este comienzo del segundo decenio del siglo XXI se torna imprescindible hacer un alto en el camino de la sociedad española, con el fin de reflexionar sobre lo que la ha llevado a una situación social y económica que no tiene parangón en los últimos cincuenta años. Por primera vez la joven generación actual vivirá peor que las anteriores. Deberíamos preguntarnos: ¿cómo hemos llegado a esta situación?

Echando atrás la mirada podremos ver que, durante los años cincuenta y sesenta, la población española se fue recuperando del tremendo shock que supuso la guerra civil y la posguerra -a la que la habían arrastrado la incompetencia de una casta política egoísta e irresponsable-, a base de levantarse todas las mañanas honradamente a trabajar; de esforzarse por ir educando a las generaciones siguientes mejor a como lo habían sido ellos, de fortalecer a la familia, que en última instancia era la que con solidaridad entre sus miembros permitía cuidar a unos de otros, y de caminar con objetivos y destino únicos como nación. En suma, fueron el conjunto de estas actitudes por las que el pueblo español fue prosperando. Casi todas ellas han desaparecido en los últimos veinte años.

La pregunta es: ¿por qué y cómo?

Tras la muerte de Franco, los diversos grupos y personas que se habían estado posicionando para hacerse con el poder, iniciaron el camino de la toma del mismo. Se crearon partidos de derecha -con muchos deseos de desmarcarse del franquismo-; de centro -con deseos de desmarcarse de la derecha-; de izquierda -socialistas y comunistas, con deseos de desmarcarse de la debacle

de la Unión Soviética-; y nacionalistas -con deseos de ser reyezuelos en un país de taifas-.

Cada uno de estos grupos arrastró tras de sí a una parte de la población, iniciando con ello la destrucción de la sociedad española.

Desde entonces, quien durante más tiempo ha controlado mayores parcelas de poder ha sido la izquierda, y, por ello, ha influido enormemente en los nuevos perfiles que manifiesta nuestra sociedad. En Andalucía y Extremadura ha gobernado desde las primeras elecciones –y así les va a las dos regiones-, y en el gobierno de la nación, durante veinte años. Tanto tiempo les ha permitido controlar el país y crear una sociedad mayoritariamente decadente y desunida, con muy poca capacidad de reacción ante sus desmanes continuados: en contra de la libertad del individuo han aumentado el poder del Estado; en vez de fomentar la empresa, han puesto la economía en manos de especuladores –que no empresarios- y de los sindicatos; en vez de respetar y hacer respetar la ley y el orden, se han preocupado más por los delincuentes que de las víctimas; han potenciado el relativismo moral, difuminando la línea entre lo socialmente bueno y malo, y a una gran parte de la sociedad – a aquella que les permite contar con millones de votos comprados con subsidios- solo les hablan de derechos, pero no de responsabilidades; le dicen a los padres a que escuela tienen que enviar a sus hijos, para darles una educación infame y sesgada de la que nacen gran número de analfabetos estructurales fácilmente manipulables; han creado más pobres que nunca –en la etapa histórica que contemplamos-, para después darles subsidios y convertirlos en fieles votantes socialistas. Todo ello para perpetuarse en el poder, y para conseguir este fin se hicieron, también, con el control de gran parte de los medios de comunicación –con el que expanden su propaganda manipuladora y la ridiculización de los contrarios-, y del poder judicial, pues el legislativo ya lo tenían dominado como producto de una pactada forma de estado que daba un gran poder a los partidos políticos, y, por tanto, a las personas que controlaban a estos.

Pero ¿deberíamos sorprendernos por esos comportamientos de la izquierda?

UNA PEQUEÑA MEMORIA HISTORICA DEL SOCIALISMO

Para comenzar tendremos que decir lo que es obvio para cualquier somero conocedor de la historia: asociar izquierda con democracia –como se hace en España- es, simplemente, ridículo; esta idea solo ha nacido como producto de la manipulación más burda y continuada de socialistas y comunistas con sus aparatos de propaganda. Al contrario, de izquierda han sido los regímenes que

han tenido las dictaduras más crueles de la historia de la humanidad: la de Lenin y posteriormente la de Stalin; la de Mao, e, incluso la de Hitler, que nació del partido socialista alemán, y que jamás tuvo que ver con la derecha ni en su filosofía ni en sus acciones de gobierno, a pesar de que, asombrosamente, han conseguido cargarlo en el debe de la derecha.

Cuando el muro de Berlín cayó, como símbolo del fracaso de los gobiernos socialistas que solo se habían conseguido mantener en el poder a base de terror policial, dejó sin sostén ideológico a todos los partidos de izquierda; es decir, a comunistas y socialistas pues ambos se inspiran en los principios del marxismo. Así que estos grupos políticos comenzaron a intentar cambiar de imagen para alejarse del derrumbe, con las más peregrinas fachadas: eurocomunismo, prescindir del marxismo en sus enunciados, asociarse a ecologistas e, incluso, a antisistemas, a independentistas, socialdemocracia, etc. Pero en realidad sus comportamientos posteriores demostraron que eran los mismos perros con collares diferentes. Es más, como si de una infección se tratase, los antiguos comunistas al estallar su sistema se sumergieron en gran medida entre sus primos los socialistas –por ejemplo, puede echar un vistazo a los currículos de múltiples dirigentes de PSOE actual-, conscientes de que de otra forma no tocarían poder. Y desde allí, los hasta hace poco defensores de grandes “demócratas” como Stalin, Mao, y más reciente de dictadores de opereta como los hermanos Castro o Chávez, se permitieron dar lecciones de democracia y libertad sin el más mínimo rubor.

En realidad, desde entonces, los socialistas europeos se han convertido en una casta política sin más ideología que la búsqueda del poder, simplemente por el disfrute del mismo, pues no tenían nada que vender, aunque si controlan muchos medios para vender esa nada.

En España Felipe González fue el precursor de estos comportamientos, que hoy nos cuestan, entre otras cosas, el presente de nuestra juventud y el futuro de nuestros jubilados.

FELIPE GONZALEZ O EL CABALLO DE ATILA

Para entender bien el escenario actual de la economía y sociedad española, es necesario comprender que una de las causas responsables de la gravedad de la situación es que el país, desde hace años, sólo cuenta con dos sectores productivos reales: el turismo y la construcción y, como sabemos, la construcción se ha desplomado en los últimos tiempos.

Esta situación tuvo su inicio en los años ochenta. Cuando Felipe González alcanzó el poder en 1982 su mayor preocupación, nada más llegar, fue la de asegurarse la permanencia en el gobierno; es decir, el éxito en las siguientes elecciones. Para ello se fijó como principal objetivo entrar en la Comunidad Europea (CE) al precio que fuera, antes de los comicios de 1986, con el fin de “vender” a la opinión pública, a través de los medios de comunicación, el triunfo que significaba “europeizar” España como mérito exclusivo del Ejecutivo socialista.

Lo malo es que los negociadores europeos conocían perfectamente estos condicionantes políticos y, sabedores de la prisa del Gobierno español, impusieron a España duras condiciones a cambio de ingresar en la CE en la fecha deseada. Europa, encabezada por Alemania y Francia, solicitó a nuestro país el desmantelamiento de la industria que perjudicaba a sus intereses: siderometalúrgica, del automóvil, altos hornos, naval, electrodomésticos, etc. Para cumplir con estas exigencias, el Ejecutivo español se puso con diligencia a liquidar dichas industrias, vistiendo las medidas bajo la bandera eufemística de la “reconversión industrial”, con el pretexto de que estaban anticuadas y perdían dinero, en vez de optar por modernizarlas y hacerlas viables. En otras palabras: sencillamente las liquidaron –con el aplauso de los medios de comunicación afines que calificaron esta operación como una “valiente” decisión política-, conscientes de que el costo electoral que tendrían estas acciones sería menor que los beneficios en votos por la entrada en la CE, como así se demostraría posteriormente.

Desde ese momento la economía de España quedó sostenida, de forma casi exclusiva, sobre las dos patas sectoriales que antes mencionábamos: turismo y construcción.

Es evidente que el precio de aquellas decisiones político-económicas, tomadas a la luz de unos intereses partidistas concretos, se tradujo en una enorme sangría de despidos y prejubilaciones de trabajadores, que evitaron entonces conflictos sociales a base de cheques sin fin para desempleo y las mencionadas prejubilaciones a cuenta de los impuestos de los españoles; pero aún más graves son las secuelas que aún hoy en día -y en el futuro-, padecemos como consecuencia de ellas: entre otras, lo mucho que cuesta crear empleo en España, que está íntimamente relacionado con el hecho de que no tenemos economía productiva alguna pues fue arrasada por González –eche una mirada a su alrededor y verá que casi todos los bienes que usted tiene en su casa son importados-. Como dijeron los socialistas, se creó una economía de servicios, lo cual está muy bien para países pequeños, pero es claramente insuficiente para sostener a los medianos. Cada vez que un español consume crea empleo en China o Alemania, y solo una pequeña parte repercute en el empleo nacional; es por ello por lo que se necesitan crecimientos superiores al 2,5%

del P.I.B. para crear trabajo en nuestro país.

Cuando Felipe González abandonó el poder en 1996, tras perder las elecciones, el panorama que heredó José María Aznar fue de un 25% de parados, una deuda pública de alrededor del 70% del Producto Interior Bruto (PIB) y una inflación del 14%. Además, la sociedad comenzaba a ser corrompida, y con ello destruida en su capacidad crítica, con los subsidios: el P.E.R. de Andalucía y Extremadura, prejubilaciones en masa y un largo etcétera de compras de votos por medio de estas ayudas, más o menos argumentadas, que les permitía contar con un número de millones de votantes clientelares, pero que, a su vez, creaban un enorme compromiso de gasto de largo alcance al Estado, los cuales podrían hundir las cuentas públicas en cuando los ingresos descendieran como consecuencia de bajadas de la actividad económica, como sucede ahora.

Actualmente, el gobierno, está financiando dichos gastos acudiendo a créditos masivos, que, según avanza el tiempo, vuelven insostenible el pago de los intereses que generan. La suma de estos compromisos de pago –desempleo e intereses de la deuda-, si no se comienza a poner remedio de inmediato, desembocará en la suspensión de pagos del país antes de los próximos tres años, o, lo que sería peor, a la salida del euro, con el fin de devaluar el valor de nuestro dinero, acarreando ello como consecuencia, en cualquiera de los dos supuestos, la lenta agonía de la clase media española.

Al punto que se ha llegado solo evitaremos estos efectos si Alemania y Francia nos obligan a hacer las reformas necesarias, pues también ellos se la juegan con nosotros (sus bancos tienen un gran porcentaje de nuestra deuda), y el hundimiento que provocaría la suspensión de pagos española llevaría al naufragio del euro y lastraría sus economías; por esto no es aventurado suponer que no nos dejen caer, aunque sí que nos estarán interviniendo con el método del palo y la zanahoria: controláis el gasto de administraciones públicas y os compramos deuda; hacéis reforma laboral que permita crear actividad económica y ampliamos los fondos de rescate... En fin, una intervención ralentizada y más disimulada que las realizadas en Grecia e Irlanda.

En definitiva, los socialistas tienen el dudoso honor de haber arruinado el país y dividido su población entre subsidiadores: profesionales libres, trabajadores de empresas privadas y empresarios; y subsidiados: políticos, jubilados y prejubilados, funcionarios, parados, empleados de empresas públicas, sindicalistas liberados y medios de comunicación afines, que consumen de forma masiva recursos de los primeros, y suponen su gran masa de votantes, aunque, a su vez, hunden las cuentas públicas y el futuro del país. En conclusión, han convertido España en un barco con tanto peso muerto en las

bodegas que los remeros apenas pueden moverlo, pero los que están en la bodega no están dispuestos a perder sus privilegios, entendiendo siempre que cuando se habla de esfuerzos y renunciaciones serán las de los demás, no las propias. Los que bogan arriba apenas tienen tiempo para subsistir, y menos para pensar en el horizonte que temen y vislumbran.

El señor Zapatero, ha continuado con brío esta política que inició González como sistema para intentar mantenerse en el poder: ha creado más subsidios a organizaciones afines, más funcionarios, más autonomía inefinanciable y nuevos medios de comunicación leales a su grupo con “milagrosas financiaciones”. Es decir: más gente en la bodega y menos remeros.

Pero, como el caballo de Atila que por donde pasaba no volvía a salir la hierba, González, no solo arrasó el mundo de la economía y del espíritu de esfuerzo y superación de una gran parte de la sociedad española, sino que también terminó con la división de poderes, principio básico de la democracia: en 1985, realizando los oportunos cambios legislativo, pasó a controlar el poder judicial, y como ya controlaba el legislativo, la mayor parte de los medios de comunicación y la policía, adquirió una especie de poder absoluto - y con ello emergieron enormes niveles de corrupción al sentirse invulnerable la casta política-, atemperado, de vez en cuando, por unas elecciones. Algo muy lejano a una democracia real. Ciertamente que el Partido Popular cuando gobernó, tampoco hizo mucho por mejorar esta situación.

ZAPATERO, EL DESTRUCTOR

En el periodo de Aznar, y para recomponer la maltrecha economía, el Gobierno optó por reducir el gasto de las administraciones y por la venta de grandes empresas públicas (Telefónica, Repsol...) con el fin de cancelar deudas del Estado. Pero hoy queda poco para vender.

A su vez, la banca, cuya principal actividad durante el Gobierno del PSOE consistía en financiar con créditos a su mejor “cliente”, el Estado, se encontró con un importante excedente de liquidez al disminuir aquél sus necesidades y, por tanto, se vio precisada a impulsar nuevas líneas de negocio (aumentando créditos tanto a familias como a empresas) y, como consecuencia de la competencia por captar clientes, los tipos de interés comenzaron a bajar.

Así, a partir de 1998 se comenzó a crear empleo de forma decidida -y lo que es muy importante, aumentando, de forma paralela, la población activa-. Gracias a ello se disparó el consumo al encontrarse el país con más ciudadanos

trabajando, y estos con unos créditos muy asequibles y unos bancos ávidos de concederlos, ya que tenían fuertes excedentes de dinero porque habían perdido a su gran cliente –el Estado–, que había dejado de demandarlos.

En este nuevo marco fue el sector de la construcción el que aportó la mayor parte de la creación de puestos de trabajo. La compra-venta de viviendas creció a un alto ritmo e impulsó una escalada vertiginosa de precios, sobre todo por la valoración especulativa de los terrenos edificables.

Esta aparición rápida de riqueza trajo consigo que tanto los ciudadanos, las empresas, como las administraciones públicas se acostumbraron a gastar y a vivir por encima de sus posibilidades reales: los primeros, por la facilidad de obtener créditos de la banca; y las últimas, por las cantidades que se embolsaban gracias a los impuestos generados por la compra-venta de inmuebles, permisos de obras y por las florecientes actividades de industrias derivadas de la construcción. Incluso la banca entró en ese peligroso juego y se endeudó de forma considerable con dinero pedido al exterior, para prestárselo –con su correspondiente beneficio– a empresas y particulares. Los unos y los otros funcionaban como si esa espiral fuese a durar siempre.

Todo ello desembocó en una orgía de consumo generalizada que terminó estallando cuando, en los años 2006 y 2007, las inmobiliarias, sostenidas por los créditos bancarios, construyeron el doble de viviendas de las que el mercado español era capaz de absorber, y a unos precios inasumibles. Por ese tiempo, para colmo, comenzó una crisis financiera global que impedía a los bancos obtener nuevos créditos. Empresas y familias vieron cómo, de la noche a la mañana, empezaban a tener dificultades para hacer frente a sus créditos, al tiempo que las constructoras e inmobiliarias acumularon una deuda de más de 360.000 millones de euros que eran incapaces de devolver, y aún no han pagado (ni es probable que puedan hacerlo) a los bancos, quienes, a su vez, perdieron liquidez y solvencia por el aumento de impagos –se cobraron en viviendas cuando pudieron– y, sobre todo, se dedicaron a las renovaciones de créditos que aún hoy se ven obligados a conceder a sus grandes deudores, a los que no pueden ejecutarles las deudas porque arrastrarían a las propias entidades financieras en sus caídas; a los que deben poco si les ejecutan. Esta política ha llevado a que bancos y cajas tengan en su poder cientos de miles de viviendas que mantienen sin vender, con el fin de evitar que bajen de precio ante tanta oferta y así lograr mantener los valores, de forma ficticia, en sus contabilidades. Al mismo tiempo, los recursos que les quedan o reciben del BCE los dedican, como en la anterior etapa del PSOE, a conceder confortables créditos al Estado, llegando muy poco a empresas y ciudadanos.

Como es natural, toda esta situación ha desembocado en un fuerte parón económico, que se ha traducido en una significativa disminución del consumo,

el aumento del número de parados (unos cinco millones de personas), unas cuentas del Estado desequilibradas al no ajustar los gastos a sus ingresos actuales, y una banca con balances aparentemente saneados, pero que quebraría si ejecutara los grandes créditos pendientes de inmobiliarias y de algunos medios de comunicación.

Resumiendo, España termina el 2011 con cinco millones de parados, un 8% de déficit del Estado, un 70% de endeudamiento público sobre el PIB, una banca muy dependiente, que recibe de forma periódica líquido del Banco Central Europeo (BCE) para mantenerse a flote, y un solo sector razonablemente en pie: el turismo.

Esta mala situación ha sido liderada –lo que supone una pésima noticia- por un Gobierno que no ha tomado una sola medida real para resolverla (sólo establece medidas aparentes y se lava las manos ante cualquier soplo de impopularidad). Para colmo, ese mismo gobierno fue el que tardó más de un año en reconocer la existencia de los problemas por evidentes intereses electorales, pues las elecciones generales se celebraban en marzo de 2008, y con ello la agravó aún más, ya que gastaba como si nada sucediese. No hubiera estado mal que alguien hubiese preguntado al señor Zapatero, tras terminar las mencionadas elecciones, si había mentido al negar la existencia de la crisis o si, simplemente, es un absoluto incompetente por no estar al tanto de una situación económica que ya muchos conocían.

En conclusión, Zapatero está relacionado con la destrucción: llegó al poder como consecuencia de un brutal atentado terrorista –al que se intentó echar tierra encima cuanto antes, pero que en realidad aún no está resuelto-, y en el ejercicio del poder ha conseguido destruir lo que quedaba de España, aliándose sin rubor con partidos que no creen en este país –independentistas-; exprimiendo y laminando a las pocas empresas que subsisten; creando más pobres para subsidiarlos y así atrapar sus votos; atacando a la familia y a la poca sociedad civil que dejó González, para hacer a los individuos más vulnerables y con ello dependientes del Estado y poco críticos con sus políticas, y por último, reviviendo artificialmente viejos enfrentamientos entre españoles.

En resumen: González, cuando gobernó, se comió el patrimonio que los españoles habíamos creado durante varios decenios de paz y laboriosidad; y Zapatero se ha comido nuestro futuro a base de endeudarnos. Es decir: el primero desbastó los logros de nuestro pasado y el segundo el porvenir.

Así, que solo se puede terminar con un pensamiento: ¿SOCIALISMO? NO, GRACIAS...



¿Te gustó este libro?

Para obtener más e-Books GRATUITOS visita Freeditorial.com